

Alirio González Castillo
Compilador

ANTOLOGÍA DEL CUENTO
EN SANTANDER
(SIGLO XX)

(Sic)
Editorial
Proyecto Cultural de
Sistemas y Computadores S.A.

Bucaramanga
2005

PRIMERA EDICIÓN
Noviembre de 2005

DIAGRAMACIÓN, IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN
(Sic) Editorial

Proyecto Cultural de Sistemas y Computadores S.A.
Centro Empresarial Chicamocha Of. 222
Tel: (97) 6343558 - Fax (97) 6455869
Bucaramanga - Colombia
E-mail: siceditorial@syc.com.co

Ilustración de Carátula
Oscar Rodríguez Naranjo

ISBN: 958-708-169-2

Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra,
por cualquier medio, sin autorización escrita del autor

Impreso en Colombia

CONTENIDO

Introducción	9
4 Respuestas	13
<i>(Daniel Forero Reyes)</i> <i>(1870-1909)</i>	
Al Borde de un Abismo	18
<i>(Camilo Forero Reyes)</i> <i>(Onzaga, 1871-1940)</i>	
La Voz de la Sangre	23
<i>(Arturo Jaramillo G.)</i>	
Historia de una Onza de Plata	32
<i>Contada por ella misma.</i> <i>(Teófilo Forero Reyes)</i>	
Por Ser Neutral	38
<i>(Guillermo Otero W.)</i> <i>(Cuento histórico)</i>	
Fraternal	48
<i>(Enrique Otero D´costa)</i> <i>(Bucaramanga, 1883 – Bogotá, 1964)</i>	
Mi Reloj	53
<i>(Héctor H. Hernández)</i> <i>(El Olivar- Suaita, 1885 – Puente Nacional, 1960)</i>	
La Estatua	57
<i>(Christian Clausen)</i> <i>(Bucaramanga, 1885-1957)</i>	
Los Fantasmas	60
<i>(Gabriel Carreño Cáceres).</i> <i>(Bucaramanga, 1896-Bogotá, 1959)</i>	

Neurópata	74
<i>(Ricardo Puyana)</i>	
Zenon El Campanero	81
<i>(Juan C. Hernández)</i>	
El Cazador	88
<i>(Gregorio Consuegra)</i>	
La Linea Recta	102
<i>(Alberto Díaz Soler)</i>	
Rosanieve	110
<i>(Blas Hernández)</i>	
<i>(Girón, 1894-Bucaramanga, 1932)</i>	
Día de Fiesta	114
<i>(Alicia Harker de Carreño)</i>	
<i>(Bucaramanga, 1898-1959)</i>	
El Mordisco	117
<i>Esther Silva de Camargo</i>	
Una Aventura Anfibia	123
<i>(Carlos Lizcano Arias)</i>	
<i>(Suratá, 1900 – Bucaramanga, 1960)</i>	
Hombres	136
<i>(Tomás Vargas Osorio)</i>	
<i>(Oiba, 1908 – 1941)</i>	
Un Divino Fracaso	143
<i>(Ernesto Camargo Martínez)</i>	
<i>(Bucaramanga, 1912-1994)</i>	
La Bella Leprosa	150
<i>(Jesús Zárate Moreno)</i>	
<i>(Málaga, 1915 – Bogotá, 1967)</i>	
La Partida de Tresillo	161
<i>Elisa Mújica</i>	
<i>(Bucaramanga, 1918)</i>	
Vida Nueva	170
<i>(Roberto García Peña)</i>	

Eliezer Y Rebeca	174
<i>Pedro Gómez Valderrama</i>	
<i>(Zapatoca, 1920; Bogotá, 1992)</i>	
El Médico	181
<i>(Cuento Terrígena, por Roberto Serpa Flórez)</i>	
<i>(Bucaramanga, 1925)</i>	
El Roble de los mil años	186
<i>(Por Gloria Serpa Flórez de Kolbe)</i>	
<i>(Bucaramanga, 1931)</i>	
Tamara	189
<i>(Efrain Gómez Leal)</i>	
<i>(Macaravita, Barrancabermeja, 1962)</i>	
La Muchacha de la Arenosa	198
<i>(Gustavo Cote Uribe)</i>	
Las Diez Mil Tarántulas	208
<i>(Hernán Gómez Ortiz)</i>	
<i>(Zapatoca, 1930 – Bogotá, 1976)</i>	
La Luna Llena	215
<i>(Gustavo Gálviz Arenas)</i>	
<i>(Socorro, 1940)</i>	
La Plegaria de Huascar	227
<i>(Gonzalo España)</i>	
<i>(Bucaramanga, 1944)</i>	
Los Prohibidos Pensamientos de X-247	233
<i>(Alirio González Castillo)</i>	
<i>(Bucaramanga, 1945)</i>	
Malinche o la Luz del Limonal	240
<i>(Miguel Ángel Pérez Ordoñez)</i>	
<i>(Bucaramanga, 1950)</i>	
El Demorado	246
<i>Pastor Orduz Cabrera</i>	
<i>(Bucaramanga, 1952)</i>	
Eterna Crónica de Amor	253
<i>(Carlos Nicolás Hernández)</i>	
<i>(Bucaramanga, 1953)</i>	

Dedos	259
<i>(Triunfo Arciniegas)</i>	
<i>(Málaga, 1957)</i>	
La Secta de los Armadores De Barcos	264
<i>Claudio Anaya</i>	
<i>(Bucaramanga, 1958)</i>	
El Visitante	270
<i>(Hernando Motato)</i>	
<i>(cali, 1962)</i>	
Andres El Cartabrava	274
<i>(Norberto Aurelio Nova Hernández)</i>	
<i>(San Gil, 1965)</i>	
Noche de Quema	283
<i>(Ricardo Abdallah)</i>	
<i>(Ibagué, 1978)</i>	
Bibliografía	303

INTRODUCCIÓN

Afirmaba Jorge Luis Borges, maestro del cuento, en una entrevista dada a "The Paris Review", que un buen cuento no se juzga por su final sorpresivo ya que esta última técnica es propia para los lectores adolescentes; en un cuento, continúa el maestro, se valida aunque sea una página debida a una plástica descripción, un diálogo preñado de consecuencias, la narración ágil u otro recurso llevado con propiedad y profundidad.

Es éste el propósito al realizar esta selección de cuentos escritos por santandereanos o residentes en nuestra región y que pertenecen a otras latitudes. ("Todo el que pisa tierra de Santander es santandereano"). Así pues, he echado por la borda el cerrero regionalismo propio del que no ve la parroquia desde una óptica más universal.

Esta Antología ha tomado ejemplos de cuentos desde comienzos del siglo XX hasta sus finales. Esto es así porque es en esta época cuando se han difundido las revistas literarias que permitieron, dado el ocio de una clase selecta, la dedicación a las Letras. Difícil ha sido hallar una muestra más amplia por el desconocimiento que se tiene de la obra literaria santandereana, mas estoy seguro que en ella se encuentran (consultados otros compiladores como Antonio Lagos Castro, Juan de Dios Arias y Roberto Harker Valdivieso) lo más selecto de la cuentística

en Santander. Ha habido otros obstáculos, como el hecho de que las publicaciones de principios del XX se hallen dispersas en sitios inaccesibles, mas para soslayar este obstáculo se ha recurrido a instituciones de abolengo cultural en Bucaramanga como la Academia de Historia de Santander y la Biblioteca Pública Municipal Gabriel Turbay, también la biblioteca del escritor Pastor Orduz Cabrera, la mía propia, y, en Bogotá, a la Biblioteca Luis Ángel Arango. Para ubicar a los autores se ha recurrido a la Bibliografía de Santander editada por el Banco de la República.

Espero que el lector pueda deleitarse desde el punto de vista histórico y de los valores (y por qué no, del estético) al sumergirse en estos cuentos que muestran de una manera muy fiel las diversas épocas por las que han trasegado generaciones anteriores a la nuestra y las presentes y que vivieron, con sólo diferencia de estilo y sutiles innovaciones que para nada cambian al hombre, los mismos problemas que nos sacuden hoy y que no son otros que el vivir entre la paz y la guerra.

Es de osados la posición de los escritores de principios del siglo, quienes tenían que seguir sus estudios de una manera intuitiva mediante la lectura de los clásicos, pues el único título en Letras que se podía obtener era el de Bachiller en Filosofía y Letras. El análisis y la crítica literaria no existían como hoy y estas labores sólo se hacían basadas en las normas de la Preceptiva Literaria y eran estudios ante todo retóricos y basados en la corrección del lenguaje y la forma. Por esto último se distinguieron estos

escritores. Hoy, mediando varias décadas, los vemos como unos titanes a pesar de sus defectos.

Es también meritorio el testimonio de los cuentistas de la segunda mitad del siglo XX. Ellos a pesar de que han tenido más herramientas se han visto relegados por una cultura capitalina que ve en la literatura lo puramente formal en desmedro de los contenidos y ha vuelto el trabajo del cuentista un mero trabajar de un lenguaje sin profundidad y de unas estructuras caóticas. En esto ha tenido la culpa la cátedra universitaria que falta de creatividad, promueve la imitación de los modelos de las metrópolis extranjeras, donde el escritor no puede encontrar otro tema para investigar que el de su hastío porque ha hecho al lenguaje y la forma como supremas materias para trabajar, echando a un lado el precepto griego del equilibrio entre fondo y forma.

El cuentista santandereano contemporáneo se ha dado cuenta que la provincia es rica en temas para explotar, pero le ha faltado la difusión, y el olvido ha sido la constante para estos cuentistas por no seguir los modelos de las metrópolis de ultramar, no porque no puedan hacerlo sino por una justa rebeldía contra lo que es impostura, al no ver los metropolitanos que los temas para un buen cuento son inagotables; también porque el provinciano siendo más auténtico al superar la superficialidad del capitalino se adentra en la crítica de los valores, escuela considerada pasada de moda para algunos críticos de las universidades. Hay que admirar de estos escritores la valentía de querer vivir "siempre libres en nuestras montañas", como dice el lema del

escudo de armas de la ciudad de Bucaramanga y también el hacer énfasis sobre las historias cuyas temáticas son inagotables en toda provincia, a pesar de lo que digan los críticos que toman como ejemplo las novelas experimentales ultramarinas del siglo XX donde el quehacer del hombre es tan sólo un ruido de su subconsciente.

De todas maneras en esta última generación, nacida por los años cincuenta o un poco antes, "la generación perdida", se nota una influencia de la literatura citadina, claro que mesurada, por esto es rescatable para el lector que aprecie las vivencias del escritor (vvididas o asimiladas) como temas de un buen cuento y como su medicina espiritual contra la náusea de la vida del siglo XXI.

No quiero resaltar aquí a ningún autor, todos son igualmente válidos y es la moda literaria de la época la que confiere la validez estética a determinado autor. Dejo al lector que sea el juez; que el crítico que ve la Literatura desde la cátedra autoritaria (marxista, musulmana o cristiana) dedique su menester a la literatura foránea y que es, al parecer de muchos, más exótica e impactante. Hay un refrán que dice que el escritor es al crítico como el buen vino al vinagre, así que espero que esta última clase de literatos que viven de prestado dejen sus sugerencias para su público pesimista que sólo ve defectos en los que se hace con amor y esfuerzo. Vale.

*Licenciado, Alirio González Castillo
Bucaramanga, Noviembre 1o de 2005.*

4 RESPUESTAS

(Daniel Forero Reyes)
(1870-1909)

Érase un Alcalde

Pero no todos mis lectores —si por favor tengo alguno— serán sencillos como niños, para dar principio a mi historia con las mismas palabras y de la misma manera que yo la oía referir en aquella época a la cual no se vuelve nunca con la imaginación sin sentir nostalgia y sin vivos deseos de hacer retroceder el tiempo para volver a la feliz edad de los cuentos y de los espantos.... Pero no más preámbulos y entremos en materia. Había en una ocasión, ya alejada de nosotros, y en país remoto, un Alcalde henchido de fatuidad, falto de seso y sí lleno de orgullo, quien hacía caer rudamente sobre sus sencillos y humildes convecinos, el bastón de su autoridad; gente toda crédula, paciente y respetuosa que miraba asombrada a su esponjado jefe.

El maestro de escuela, hombre sensato, magnífico vecino y servicial hasta el extremo, como luego se verá, era el único de la aldea que jamás llegó a creer en la ciencia del Alcalde y que siempre procuraba hacérselo notar para su propio bien y mejor provecho de sus gobernados.

Aconteció que una vez, el rey de toda aquella comarca, habiendo salido de caza, se extraviara con

su comitiva, y al buscar el salidero del enmarañado bosque, como era aquel en que se había internado, diera, al cierre de la noche, con los arrabales del poblaco regido por el Alcalde de nuestra historia. Acertó a pasar a tiempo el susodicho pedagogo, a quien el rey preguntó en qué casa podía alojar dignamente a su soberana persona.

—En casa del Alcalde, le contestó el maestro, deseoso de dar a éste una sorpresa y quizá alguna lección objetiva de buenas maneras y de un poco de humildad.

La noche —amiga inseparable de las sombras y de los misterios— lo arropó todo con sus enormes alas de cuervo y dentro de ellas quedaron para nosotros envueltas, también, la recepción que la primera autoridad del lugar hiciera a la primera de la nación y cierta conferencia que entre las dos tuvo lugar.

Las crónicas nos dicen que el rey partió para su corte, al despuntar el alba, con visibles muestras de desagrado y que al Alcalde se le notó, desde ese día en adelante, más agrio y desabrido que de costumbre; su autoridad pesaba más dura sobre sus pacientes lugareños y su obesidad disminuía notablemente, con la ausencia de su, hasta entonces, característico apetito.

—¿Señor Alcalde, le dijo cierto día el maestro, pudiera saber la causa de su desazón ya que no hay qué olvidar que las penas comunicadas suelen ser aliviadas?

—Nada tengo qué hacer con usted, y más en su lugar estaría dando consejos a sus chicuelos que a

mí, primera autoridad del lugar, le respondió el Alcalde.

Pero el tiempo que no da espera y que todo lo revela, obligó por fin a nuestro Alcalde a confiar al maestro el motivo de sus inquietudes.

Pocos días después, jinete en cabalgadura que le facilitara un vecino, con las insignias y arreos de jefe político, se vio al Alcalde, muy de madrugada, tomar derechamente el camino de la capital del reino.

Una vez allí y en presencia del rey y de la corte, aquél lo interrogó así:

—Bien, señor Alcalde, ha llegado el día señalado para que usted dé respuesta a las cuatro preguntas que le dejé en castigo de su poca deferencia para con su soberano. Veo que usted no ha faltado a la cita, lo que me hace presumir que tampoco faltará el acierto en sus respuestas; vamos á la primera: ¿cuántas carretadas de tierra saldrían del monte vecino a su lugar?

—Cinco, contestó el interpelado.

—¿Cómo, dijo el monarca, cinco carretadas nada más?

—Cinco, insistió el Alcalde, porque yo haría construir un carro cuya capacidad igualara a la quinta parte de la montaña.

—Perfectamente, y veamos la segunda. ¿En cuánto tiempo, pero con toda precisión, daría yo la vuelta a la tierra, sin sufrir retraso alguno?

—En 29 días, cabalgando en la luna, contestó el Alcalde.

—Magnífico, respondió el rey, solamente hallo difícil la postura de estribera al astro de la noche. Pasemos a la tercera, ¿Cuánto valgo yo?

—29 monedas, dijo el Alcalde.

—¿Nada más que 29 monedas? replicó el rey un tanto picado por aquel diminuto valor dado a su augusta persona.

—29, ni más ni menos, señor, porque si Nuestro Señor Jesucristo que es el rey de los reyes, fue vendido por 30 monedas, su majestad, rey de la tierra, debe valer siquiera una moneda menos, pues creo que alguna diferencia haya entre los dos.

Con gran complacencia fue recibida esta salida, y el rey pasó a la cuarta y última pregunta.

—Veamos ¿En qué error estoy en este momento?

—En que su majestad está creyendo que soy el Alcalde de X cuando yo soy el maestro de escuela del lugar.

Estrepitosa hilaridad acogió tan inesperada como verídica respuesta, ya que era al maestro disfrazado de Alcalde a quien algunos aldeanos madrugadores vieron salir cierta mañana tan temprano del poblado y tomar el camino de la corte.

El rey, muy complacido con las contestaciones del maestro, lo hizo ocupar una escuela mejor remunerada y en lugar más importante de su reino, y el Alcalde fue condenado a servir, durante un año,

la plaza de alguacil, allí donde antes era tan acatado personaje.

Daniel Forero R.

Noviembre 27 de 1905.

*“Lecturas”. Sociedad Pedagógica de Santander,
Ciencias y Letras. Pag. 117.*